

Por las tardes, salían las carrozas. Cuentan que éstas eran de gran tamaño e imaginación, algunas las trajeron de Valencia, como fue la del elefante, en la que aparecían guapas chicas vestidas a la manera hindú; otras carrozas que también se recuerdan son: la de la polvera, la cesta de flores, el infierno, la plaza de toros, el pavo real y un largo etc. Carrozas que participaron en el concurso de máscaras, a cuyos vencedores se les daban unos cuartos. La tribuna donde se ponía el jurado, se situó en un primer momento en la plaza y, posteriormente, se ubicó junto al Cristo de Villajos, dado que la gente frecuentaba más esta zona, retirándose de la plaza y del Altozano, seguramente porque por el paseo y Castelar se aglomeraban los bailes y tabernas.

Las chicas que salían en las carrozas tiraban y tiraban papelillos, sacos y sacos, al igual que serpentinatas, lo que al parecer hizo más llevadero las caídas de aquellos que se excedían en empinar al codo.

Al amanecer la Castelar era un colchón multicolor, un río de papel.

Pero antes que esto sucediera, la carcajada había explotado en la muchedumbre, ante la parodia grotesca de la broma, todo un espectáculo, toda una representación iba a surgir por las calles, como evasión y esquinazo a lo prohibido.

Los motivos preferidos por las máscaras eran los relacionados con el sexo: muchas mujeres se disfrazaban de hombres y entre los pantalones solían ocultar una zanahoria o un nabo que, llegada la ocasión, enseñaban al público produciendo la risa, sobre todo, ante aquellos que se ponían pesados, diciéndoles que eran una mujer. También algunos hombres bajaban por la Castelar con una cesta de huevos y una gallina, gritando ante las mozas “¡Mirarme la polla! ¡tocarme los huevos!”, hecho que producía griterío y carcajadas. Un año, uno más atrevido, se metió la gallina entre sus pantalones, unos anchos de su padre, asomándole la cabeza del animalejo por la bragueta del pantalón y gritando lo anteriormente dicho por los de las cestas.

Como contrapartida a la cesta de los huevos, algunas mujeres, muy bien arregladas y con guantes, también sacaron una cesta tapada con un pañito, ofreciendo mantecados y alminaillos a todo el que pasaba. Cuando éstos decían que sí, sacaban un monigo de mula, a lo que todos respondían con risas y gestos de repelus “¡Qué asco, que asco!”.

A este “hospitium” ibérico se sumaron otros más, algunos mozos, en un orinal nuevo, fregado por supuesto, hacían chocolate y arrope que ofrecían a las mozas, que no paraban de reír ante recipiente tan singular. Un año los hermanos Tejero, sacaron un orinal con vino blanco y choricillos invitando al personal, que no paraba de reír; cuando el vino se acababa, decían “esperad que voy a orinar” y delante de todos se desabrochaba y sacando una bota hacían lo que se pueden imaginar. Cuentan que algunos se revolcaban por el suelo de la risa.

EL CARNAVAL.

